

FRANCISCO GUERRERO

ALFONSO REYES, POETA DE  
AMERICA

---

Con ocasión de sus bodas de oro con la pluma, celebradas en noviembre de 1955, Alfonso Reyes, a solicitud de un grupo de jóvenes escritores, publicó algunas notas autobiográficas. En ella nos informa que nació el año 1889 en Monterrey, ciudad episcopal y universitaria.

Cuenta que su primera salida en letras de molde fue en verso, con tres sonetos bajo el título de "Duda", inspirados en un grupo escultórico de Cordier, y dados a la publicidad en "El Espectador" de su ciudad natal, de fecha 28 de noviembre de 1905. Ya comenzaba a sentirse la influencia parnasiana que lo despojó de sus resabios románticos y de sus reminiscencias neoclásicas.

A partir de entonces su labor de poeta no ha sido interrumpida. Próximo a los setenta de sus años, decía: "Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin."

En 1952 el "Fondo de cultura económica" editó la "Obra poética" de Alfonso Reyes, que contiene toda su producción versificada ya conocida en varios libros o por periódicos y revistas. En la colección se ordenan los siguientes títulos: "Repaso poético", 1906-1952; "Cortesía", 1909-1947; "Ifigenia cruel", 1923; "Tres Poemas" (Minuta, Romances del Río de enero y Homero en Cuernavaca) y "Jornada de Sonetos", 1912-1951.

El pensamiento lírico de Reyes se ha venido realizando paralelamente a su pensar de filósofo y de esteta. "En nadie como en Reyes —escribe Rufino Tamayo, en el prólogo— se observa el justo equilibrio entre el poeta y el prosista."

No obstante su obra de crítico y de ensayista, vasta, profunda, original, ha relegado a un segundo plano su producción lírica, la que no

ha alcanzado, fuera de su patria, la difusión que merece y es apenas conocida entre los lectores corrientes.

No puede negarse, con todo, a Alfonso Reyes su rango de alto poeta, uno de los grandes de la América hispana; pero hay que confesar que su mensaje no nos ha llegado a través de sus poemas, sino por su prosa densa de sabiduría y de enseñanza. Es por esto el maestro. Ha compartido a la par de José Vasconcelos la dirección de la juventud mexicana. Así lo reconoce uno de los poetas de vanguardia, representante del existencialismo lírico, Octavio Paz, quien expresó en París: "Alfonso Reyes es considerado un escritor admirable. Todos nosotros estamos más cerca de él que de otros."

Surge Alfonso Reyes, como poeta que ha encontrado su camino, con personalidad propia, en plena efervescencia de "ismos", repartidos entre estridentistas, surrealistas y existencialistas. A su lado, se mueve el brillante grupo de los "Contemporáneos": Torres Bodet, Ortiz de Montellanos, Salvador Novo, Carlos Pellicer, Javier de Villaurrutia y José Gorostiza.

Mas Alfonso Reyes lleva la coraza invulnerable a los "ultra" de su bien asentada cultura clásica, de su disciplina estética. Permanece fiel a su formación parnasiana y simbolista. Mallarmé es su predilecto; y de los suyos, aprecia y admira a Manuel José Othon, a quien sigue en el culto de la forma y de la perfección estilística, sin hermetismo ni excentricidades. Sólo irá renovando la expresión metafórica y ajustando su lira al tono de la nueva sensibilidad artística.

Su mundo poético lo interpreta visualmente. Se forma de él una imagen plástica, en la que se reflejan la luminosidad del paisaje y el colorido de las cosas. En "Repaso poético", leemos uno de sus romances de mejor logro: "El sol de Monterrey":

"Yo no conocí en mi infancia  
sombra, sino resolana.  
Cada ventana era sol,  
cada cuarto una ventana.  
Los corredores también,  
arcos de luz por la casa.  
En los árboles ardían  
las ascuas de los naranjos."

.....

En el mismo "Repaso" topamos con dos poemas que, a nuestro juicio, cabe destacárseles: "Oración pastoral", en que gusta la sencillez eglógica de sutil sabor vernáculo, y "Oda a la muerte de Tolstoi", por su fervor emocional y su apropiado acento de elegía.

### *De Monterrey a la Grecia clásica*

No encontramos en los versos del poeta mexicano preocupaciones metafísicas ni complicaciones sentimentales. Su musa íntima es familiar, hogareña.

En otros aspectos, su perspectiva poética se va ensanchando. Los viajes y largas estadas en el extranjero en funciones diplomáticas, le proporcionan múltiples y variados motivos que cuaja en estrofas de diáfano lirismo.

La Grecia clásica le atrae. Nada más armónico con su temperamento equilibrado que el mundo pagano, con su historia, sus leyendas y su rica mitología. Ha elegido el mito de Ifigenia, la hija de Agamenón y Clitemnestra, para su poema de mayor jerarquía artística: "Ifigenia Cruel". Representa allí simbólicamente el conflicto del hombre que siente la tragedia de su desarraigo, sin pasado ni recuerdos.

La tendencia helénica fertiliza su actividad creadora. Escribe numerosos sonetos de pura estirpe parnasiana, como el que le inspiran las "Termópilas", que se dijera desgajado de "Los Trofeos".

Lo transcribimos a continuación, por ser típico del poeta de Monterrey, en esta forma estrófica de su preferencia:

Como relieves trágicos tallados por la muerte,  
en bloques de montañas graníticas y oscuras,  
se admiran las marmóreas y atléticas figuras  
de aquellos espartanos electos de la suerte.

Allí los amplios bustos de contextura fuerte  
y los torcidos nervios y las musculaturas,  
allí la dolorosa masa de crispaturas  
que el tiempo ha congelado en actitud inerte.

Lucharon "a la sombra de flechas extranjeras"  
y alzando todavía las frentes altaneras,  
ya caídos, retaban sin miedo a la Victoria.

Tú, que de las virtudes preservas la memoria,  
contémplos desnudos, a grupos de quimeras  
trepando por el arco severo de la Historia.

### *Sus versos elementales*

La cuarta parte de la "Obra poética" la constituyen "Tres poemas", de los cuales el primero, "Minuta" (1917-1931) (El menú de los galicistas), llama particularmente la atención del lector por los temas allí tratados, que nos asocian inmediatamente a las "Odas Elementales", de Neruda, saltando los treinta años que separan aquélla de éstas, en las que el chileno nos brinda con visión de fino artista la imagen poética de la "cebolla", del "tomate" y nos hace saborear un excelente "caldillo de congrio".

Esta poesía casera, en la que se conjugan el arte poético y el arte culinario, tiene lejanos abuelos en las cuadernas del Arcipreste, el de Hita; eso sí, los platos no llevan los aderezos convenientes, no por ignorados, sino como penitencia a Don Carnal.

En los días domingos, por tu ansia mortal,  
has de comer garbanzos, con aceite y sin sal.

.....

Tres siglos más adelante, Baltasar de Alcázar servirá a Inés su magnífica "Cena" con apetitosas viandas:

"La ensalada y salpicón  
hizo fin, ¿qué viene ahora?  
la morcilla, gran señora  
digna de veneración."

En la "Minuta" mexicana viene en primer término "el pan en la servilleta" y no faltan el aperitivo ni el vino tinto de buena cepa. En ella se presentan con entremeses y confituras:

*La ensalada*

“Lechuga tomate escarola,  
la cebolla honesta y ajo vil  
de generoso aceite una ola  
y náufragos de perejil.”

*Pescado*

“Sí, “los moluscos reminiscencias de mujeres”  
y unos y otras la radioactividad dormida.  
Los peces el amarga espuma de Citeres  
y el aroma de cuando comenzaba la vida.”

Alfonso Hernández Catá, que residía en Santiago, recibió la “Minuta” y agradece al autor su envío, en verso, expresándole en una de las estrofas:

“Llor a este vino que acrisola,  
y a esos manjares sólo hallados  
en aquel “Libro de guisados”  
que compuso Ruperto de Nola.”

*El poeta de la cortesía*

Tenemos a mano el volumen de “Cortesía” impreso con anterioridad a la “Obra poética”, por la Editorial Cultura (México, 1948). Son versos de ocasión, versos de circunstancia, versos sociales. Sirven de epígrafe al conjunto un dístico de “Razón de Amor”, del siglo XIII.

“Moró mucho en Lombardía  
para aprender cortesía.”

y dos versos de Lope de Vega:

“Sabed por cosa cierta que ha venido  
la curiosa princesa Cortesía.”

El autor, en una especie de carta preliminar, advierte que hoy se ha perdido la buena costumbre, tan conveniente a la higiene mental, de tomar en serio —o mejor en broma— los versos sociales, de álbum, de cortesía, y recuerda que no es lo menos bello de Sor Juana cuanto se le caía de la pluma como parte de su trato social; y que el recóndito Mallarmé dibujaba estrofas en los huevos de Pascua, ponía en verso las direcciones de sus cartas y hacía poemas para ofrecer pañuelitos de Año Nuevo.

“Cortesía” acusa algo novedoso en nuestra literatura, por su contenido de sociabilidad. En sus páginas alternan con el autor conocidos escritores de América y Europa, como en afable diálogo de espíritu a espíritu. Es que Alfonso Reyes poseía don de señorío. Se mantenía vigilante aun por los menudos deberes del hombre social. Su mejor blasón sería este libro en que prevalecen la gracia, la agilidad de pensamiento y, sobre todo, la cortesía.

El acto creador del poema se identifica en muchas circunstancias con un juego, con un juego de ingenio, de esparcimiento mental. Y eso no puede dejar de ser poesía. ¿Acaso el arte no tuvo su origen en un impulso del juego? Con no poco de razón exigía Gracián del escritor agudeza e ingenio. De esto hallamos precisamente en “Cortesía”. Veamos el breve poema “Tópica”:

“Una mujer que sonría,  
con flores y a la ventana  
es de Andalucía.  
Otra, color de manzana,  
de guayaba y de sandía  
es americana.”

Así es este libro único, delicadamente social, verdadera antología de la convivencia humana, en que cada flor es un apretón de manos, una frase galante o un madrigal. Un libro que hace de Alfonso Reyes, con justo título, el poeta de la cortesía.